

## ¡Nunca Lo Hiciste!

En Romanos 7, tenemos una palabra profética para nuestro tiempo. Ahora, esté atento: Para que no se pierda esta gran revelación, vamos a leer especialmente los versículos del 1 al 6 de Romanos 7. El apóstol Pablo dice:

*¿O ignoráis hermanos (pues hablo a aquellos que conocen la ley), que la ley se enseña al hombre entre tanto que éste vive? Porque la mujer que tiene marido está ligada por la ley a su marido mientras él vive; mas si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si viviendo su marido, se casare con otro hombre, será llamada adúltera; mas si muere su marido, ella queda libre de la ley, y si se casa con otro hombre no será adúltera. Así también vosotros mis hermanos, sois muertos a la ley por el cuerpo de Cristo; para que seáis de otro, de Aquél que resucitó de entre los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. Porque mientras estábamos en la carne, la influencia del pecado, que era por la ley, obraba en nuestros miembros llevando fruto para muerte; mas ahora libres somos de la ley, habiendo muerto a lo que nos tenía sujetos, para que sirvamos en novedad de espíritu, y no en lo antiguo de la letra.*

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y conocimiento de Dios! (Romanos 11:33). Tu primer marido, que tenía el poder sobre tí, era tu naturaleza por el nacimiento natural. Y naturalmente, amabas al mundo, porque tú estás en el mundo, y eres parte del mundo. Por naturaleza te fue dado un deseo de amar al mundo que era parte de tí. Ustedes son parte de esta naturaleza. Esta es la razón por la que uno tiene que nacer de nuevo. Esta primera naturaleza tiene que morir. La naturaleza del mundo debe morir. ¡Todo! Debes de ser reunido con una naturaleza diferente, con la naturaleza divina, el Novio celestial. Pero primero el antiguo marido tiene que morir. Su antigua naturaleza mundana tiene que morir de verdad, no sólo fingir su muerte. Solamente entonces usted está libre de la ley, del poder del pecado y la muerte (Romanos 7:1-6).

Así que, para estar casado con el Segundo Adán, Cristo, la Palabra, Ud. debe de separarse por la muerte, de su primer marido denominacional, porque no hay ni una de ellas que pueda tomar toda la Palabra de Dios. Ud. tiene que estar muerto de esa cosa. Ud. debe de estar muerto a su primer marido. Si Ud. está unido a Cristo y todavía está casado a una denominación, mientras Ud. se aferre a las tradiciones denominacionales de hombres, Ud. es llamado, en la Palabra de Dios, “una adúltera”, Ud. esta negando la Palabra de Dios. Ud. esta en Laodicea. “Tú no puedes servir a dos dioses (dos maridos) a la misma vez. Tú sirves a Dios o a mamón”. Mamón es “el mundo”. “El que ama al mundo, o las cosas del mundo, el amor de Dios ni siquiera está en él”.

El nombre de su primera naturaleza nació, y fue puesto en un libro de vida. Todos sus hechos fueron escritos en él, también. Todo lo que Ud. hizo bajo esa naturaleza fue puesto en el libro llamado, el libro de la vida. Ahora, Ud., pero cuando Ud. fue separado de esa unión, por la muerte espiritual, uno es separado de su deseo natural, como mujer es cortarse su cabello, usar pantaloncito corto, pintarse su cara, ser intelectual, pícaro, un hombre inteligente, fumador, bebedor, deseando tener más bienes terrenales, etc.

Luego Ud. es nacido otra vez, o casado otra vez en una nueva unión espiritual; no su vida natural de las cosas del mundo, **sino de Vida Eterna. Ese germen que estaba en Ud. en el principio, lo encontró a Ud.** Cuando ese germen, la simiente, aquel hijo de Dios perdido vuelve en sí, él dice: “Me levantaré, e iré a mi padre...” (Lucas 15:17-24). Su libro viejo se ha ido con su unión vieja. Dios lo puso en el mar del Olvido. (Miqueas 7:18-19; Isaías 43:25) **Ahora, Ud. está parado perfecto delante de Dios.** Su nombre está ahora en el Libro nuevo; no en el libro de la vida, sino en el Libro de la Vida del Cordero, lo que el Cordero redimió antes de la fundación del mundo. (Ap. 13:8, Ap. 17:8, Efesios 1:3-14) No el libro viejo de su unión natural, sino en su nuevo, como Novia. ¡Aleluya!

Su vida nueva está en el Libro de la Vida del Cordero, su acta de matrimonio del Cordero. Es en donde su germen verdadero Eterno, desde el principio, se ancla.

Ahora Ud. no sólo es perdonado, sino que Ud. es justificado. Y la palabra “justificado” significa que Ud. nunca lo hizo, en primer lugar. Eres absuelto de toda acusación y culpabilidad – justificado (Romanos 4:6-8), y la sangre de Jesucristo nos limpia de pecado (1 Juan 1:7), todo fue puesto en el mar del olvido (Miqueas 7:19). Él es el único que pudo hacerlo. Nosotros no podemos hacerlo. Nosotros sólo podemos perdonar, pero no olvidar. Yo puedo perdonarle, pero podría recordar alguna vez o siempre, que Ud. hizo mal las cosas. Pero si uno lo hubiera hecho, uno no es justificado, uno es solamente perdonado. **Pero en los ojos de Dios, la novia esta justificada como si nunca hubiera pecado en el primer lugar.** Amén. Está de pie casada con el virtuoso Hijo de Dios. Ella nunca pecó, nunca estuvo viviendo en pecado. ¿Por qué? Ella estaba predestinada, ella sólo fue jalada dentro de las cosas del mal. Pero cuando oyó la verdad, ella salió de eso y la sangre la limpio, la sangre goteando Palabra de la hora. Uno deja las otras cosas después de ver esa misma palabra de Dios es el **alimento de águila.** Entonces uno es formado en la imagen del Dios viviente. Ha oído hablar de su teofanía: Cuando este cuerpo terrenal desgastado sea consumido, tenemos un cuerpo esperando por nosotros (II Cor. 5:1). Y aunque nuestro hombre exterior perezca, el hombre interior se renueva día tras día (II Cor. 4:16).

Ahora la novia está de pie como la pura y la perfecta (Cantares 6:9). No hay pecado en absoluto en ella. **Su vieja vida ya no está más en el recuerdo de Dios. ¡Oh, qué maravilla!** (Jeremías 31:34b). Fuimos acusados, culpables de muerte, pero el Hijo de Dios tomó todo el pecado y la culpabilidad sobre Sí mismo, y murió en nuestro lugar en la cruz (Isaías 53:4-7, I Pedro 2:24, Gálatas 3:13, Colosenses 2:13-15).

ÉL, JESUCRISTO, fue declarado culpable, y nosotros fuimos absueltos (declarados justos) por fe en Él – justificados, porque hemos aceptado toda la Palabra (Romanos 5:1). Dios, nuestro Padre nos ve a través de la sangre del Cordero, que había sido inmolado desde la fundación del mundo. Él nos ve, y nos vio a través de la sangre de Jesús como si nunca lo hubiéramos hecho. Él siempre nos vio a través de la sangre como parte del novio, como la novia predestinada del Cordero.

Así sabemos que nosotros – el hombre nuevo, el hijo o hija de Dios, parte de Dios desde el principio, la simiente predestinada, el germen, el atributo de Dios – nunca estuvimos casados con el viejo esposo, y nunca pecamos. Sí, la Biblia lo dice en 1 Juan 3:9,

*“Todo aquel que es nacido de Dios, no peca (el pecado es la incredulidad en Dios que es la Palabra; Juan 16:9), porque su simiente (la naturaleza divina) permanece en él (la simiente, el hijo o hija de Dios); y no puede pecar, porque es nacido de Dios.”*

Veamos también 1 Juan 5:18,

*“Sabemos que cualquiera que es nacido de Dios, no peca (ese es el nuevo hombre, la nueva criatura; II Cor. 5:17), porque el que es engendrado de Dios, se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca.”*

¿Cómo nos ve el Padre? ¡Nosotros fuimos sus hijos desde el principio! (Gálatas 4:6-7). Porque Sus pensamientos eternos fueron perennemente la realidad. No fuimos salvados un día, sino que siempre fuimos salvos. **Jesús vino sólo a redimir la propiedad de Dios que nos devolvió a nuestro estado original, que una vez tuvimos.** Pero éramos salvos desde el principio, porque teníamos la vida eterna desde el principio que es la simiente de Dios en nosotros.

Ahora, pero ¿cómo hemos llegamos a vivir en pecado, haciendo el mal, etc? Fuimos traídos a esa condición por un engaño, a raíz de la unión del primer matrimonio de nuestra pariente adúltera: Eva. No fue nuestra culpa. Debido a nuestro nacimiento natural, llegamos muchas generaciones después que Eva cometió adulterio. Esta es la razón por la que hemos nacido con esta naturaleza pecaminosa (cadena del infierno) en esta carne. Por lo tanto, todos éramos pecadores, y pecamos (Romanos 3:23-26; I Juan 1:8-9). Pero nunca fue culpa nuestra, y nosotros: Hijos de Dios, nunca lo hicimos, porque nosotros teníamos que ser aquel pequeño germen que estaba en nosotros desde la fundación del mundo.

Ahora bien, alguien podría pensar: "Eso me da una gran libertad, así que puedo hacer lo que yo quiera." Pero, si llegaste a ver a través del Espíritu lo que Jesús hizo por ti en la cruz (Salmo 22 e Isaías 63,1-3), y luego pretendes tener la libertad de hacer lo que es contrario a Su Palabra, eso sólo demostraría que usted nunca recibió a Cristo en su corazón.

Nosotros sólo pasamos a recibir gracia –y la gracia es el amor de Dios–, y por su amor hacia nosotros, tenemos el privilegio de **estar bajo Su sangre, detrás de**

**la Palabra revelada de Dios.** Alabamos al Señor, y gracias a Él hoy que ya no hay pecado ni maldad que ponga reproche sobre nosotros (Salmo 32:1-2, Romanos 4:6-8). Dios no nos reprocha nada del pasado ni lo por venir, porque estamos bautizados por Su Espíritu con Su palabra en el cuerpo perfecto sin pecado de nuestro Señor Jesucristo (I Cor. 12:13).

Por Su pre-conocimiento, Él sabía si aceptaríamos o no, la Expiación de Dios – el Cordero de Dios, la Palabra en su plenitud. El cordero fue matado, la verdadera ofrenda de sangre, para la familia de Dios. La única manera para que él nos vea nosotros es cómo nos vio antes de la fundación del mundo, cuando escribió nuestros nombres en el libro de la vida del Cordero. El pecado no fue puesto a mi cuenta, porque yo, la simiente de Dios, nunca tuvo la intención de hacerlo, y no está en mí el pecar. Hemos nacido de nuevo por la Palabra de Dios que vive y permanece en nosotros (I Pedro 1:23). Somos transformados en el interior, ya resucitados, de pie ante Dios lavados en la sangre del Cordero, completamente redimidos – una nueva criatura. (II Cor. 5:17; Gálatas 6:14-15).

Después de recibir el Espíritu Santo en nosotros, siendo bautizados en el cuerpo de Dios (I Cor. 12:13), nos convertimos en candidatos para una asociación con el mundo invisible y lo Sobrenatural. No es de extrañar, el hombre natural no podría creer en estas cosas, porque ellos nunca han sabido al respecto. No tienen nada en su interior (sin simiente de Dios), para que puedan creer en los misterios de Dios. Pero cuando el Espíritu Santo viene al corazón, uno se convierte rápidamente en un ‘ser dual’, uno de la tierra para morir, y otro del cielo para vivir. En su cuerpo todavía está sujeto a la muerte, pero en su alma has pasado muerte a Vida (Juan 5:24).

En su cuerpo, él tiene contacto terrenal con sus cinco sentidos, pero en su espíritu, él tiene contacto con Dios a través del Espíritu Santo y los ángeles de Dios lo visitan y hablaba con él, son Mensajeros enviados de Dios para revelar y traer mensajes de Dios al individuo.

¿Qué sucedió en Pentecostés? El alma de Jesucristo – el alma de Dios – retornó en la forma del bautismo del Espíritu Santo, que viene a cada creyente, santificándole y limpiándole, poniendo en orden la mente y el corazón, dejando una medida del Espíritu Santo en él . El Espíritu Santo que es otorgado o dado a nosotros, es el mismo Espíritu que sacó el cuerpo de Cristo de la tumba. La misma dinámica divina también producirá un raptó. También vivificará nuestros cuerpos mortales por Su Espíritu que mora en nosotros "(Romanos 8:11).

Sí, tu vieja alma – la naturaleza mundana de tu espíritu, tu primer marido – murió, y la nueva alma que es la nueva naturaleza, la naturaleza de Dios, nace en ti. El germen de Dios – la simiente de Dios, o el alma de Dios en forma de simiente – ha sido regado en ti. Vida (Espíritu Santo) viniendo a vida (la palabra, simiente, germen, el atributo en ti). La palabra, la palabra simiente en uno lo dirige a la palabra, el agua, la sangre, el Espíritu Santo, y los absorbe. Así pues, la verdadera simiente de Dios ha sido y será regada, y ese germen simiente que es también tu parte eterna de Dios, el alma de Dios, que estaba en nosotros desde el

principio, es vivificado y sale a la luz. El reino en ti aparece más y más (Lucas 17:20-21).

Entonces Dios había plantado su propia vida en vosotros. Un hijo de Dios ha nacido, un dios amateur sobre la tierra. Entonces, no es más usted mismo. Es la vida de Dios en usted. Porque, cuando el Espíritu Santo entra en el germen de vida que se haya en tu interior, produce otra simiente, un hijo y una hija de Dios, y son exactamente la misma simiente original. La misma palabra hecha manifiesta en tu vida. Dios crece en ti y se muestra. Ahora uno ya no es más el viejo individuo, sino que uno es una nueva criatura eterna de Dios, manifestado en la carne (II Cor. 5:17).

Sus hijos estaban en Dios en el principio, y cuando se manifestó a Jesús como la plenitud de la palabra, estábamos en Él en forma de simientes. Cuando Él fue crucificado, fuimos crucificados con Él en Su cuerpo (Romanos 6:6), y cuando Jesús resucitó de entre los muertos, también nos levantó con él. Y desde que lo reconocemos, nos sentamos en lugares celestiales en Cristo Jesús (Efesios 2:4-7). Si somos hijos e hijas, siempre lo hemos sido. Nosotros siempre fuimos esa simiente de Dios que nunca podía pecar, y nunca lo hará. Siempre pertenecemos a la familia real de Dios e hijos de Dios, porque somos los atributos, cualidades, ideas y pensamientos de Dios – Su inspiración.

Sin embargo dos naturalezas pelean en nosotros. Cuando nacimos en este mundo, todos los hábitos del mundo estaban en nosotros. Pero en nuestro interior, Dios había puesto una naturaleza diferente – esa simiente de Dios, el germen de Dios, que ahora vive y controla todo nuestro ser. Por eso, el apóstol Pablo dice en Romanos 7:14-23,

*“Porque sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido bajo pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero; sino lo que aborrezco, aquello hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí (esto es en mi carne) no mora el bien; porque en mí está el querer, mas no el hacer. Porque no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, éste hago. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí. Hallo, pues, esta ley, que cuando quiero hacer el bien, el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.”*

Adicionalmente lean Romanos 5:12 y Romanos 8:38. Vemos que todavía hay otro poder que obra en nuestro cuerpo humano que lucha en contra de la ley de Dios (Gal 6,2; I Cor. 9:21), el poder de Dios, que está trabajando a través de la mente del corazón. Porque después de haber nacido de nuevo, tenemos la mente de Cristo (I Cor. 2:16). La naturaleza divina nos es dada de acuerdo a II Pedro 1:3-11.

El apóstol Pablo comprendiendo la diaria lucha de la codicia de la carne contra el Espíritu, y del Espíritu es contra de la carne (Gálatas 5:16-18), declara lo siguiente en Romanos 7:24-25,

*“¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¿Quién me redimirá, ósea, salvará o me sacará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios por Jesucristo nuestro Señor: Así que, yo mismo con la mente (el corazón) sirvo a la ley de Dios; mas con la carne a la ley del pecado.”*

El verdadero cristiano nacido de nuevo es redimido, desde entonces vino a ser un hombre nuevo, pero no del todo redimido. ¡Su alma ya está redimida! El hombre renovado ahora sirve con la mente del corazón (espíritu de la mente), que está en lo más interno del interior, la ley de Dios (Efesios 4:23-24). Pero la vieja naturaleza del cuerpo terrenal todavía está ahí. Es cierto, la redención del cuerpo se hizo también hace dos mil años en el Calvario, pero aún no se manifiesta por el Espíritu Santo. Pero estamos esperando la redención de nuestros cuerpos (Romanos 8:23-24). Para Dios todo tiene su tiempo (Eclesiastés 3:1). Pero sabemos (Romanos 8:1-2):

*“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.”*

Puesto que ahora han recibido el Espíritu Santo, el viejo espíritu (vieja naturaleza), todavía presente en nuestra carne, se está muriendo. La codicia, la lujuria, el odio, la envidia, la antipatía, la enemistad, etc – todas estas cosas desaparecen, y la naturaleza divina en nosotros crece cada vez más y más poderosamente. Nosotros estamos llenos más y más con amor, paz y alegría (Gálatas 5:16-17; II Corintios 4:16, Efesios 4:20-24, Colosenses 3:5-13).

Sí, nosotros somos Su cuerpo – Su lugar de morada – y debemos recordar, ¡en Él no hay pecado! (I Juan 3:5-6).

#### Referencias:

[1] "Apocalipsis. Libro de Símbolos"

[2] "¿Quién Es Este Melquisedec?", par. 88

[3] "Unión Invisible de la Novia de Jesucristo"

[4] "Cristo Revelado En Su Propia Palabra", par. 23-30

[5] "El Filtro De Un Hombre Que Piensa", pg. 21/22

[6] "Israel y la Iglesia, Parte 1", par. 92-94

[7] "Preguntas y Respuestas", COD, Vol. 2, pg. 676, par. 157-160

---

**“Bloque Espiritual”** – Boletín de la Palabra Revelada de esta hora, es presentado a Ud. por: Gerd Rodewald, Friedenstr. 69, D-75328 Schömburg, Alemania  
www.biblebelievers.de, Fax: (+49) 72 35 33 06

Publicado por “Publicaciones Palabra Hablada” del Perú, América del Sur

---

*“...viene uno con un Mensaje que cuadra perfectamente con la Biblia, y una obra rápida dará la vuelta a la tierra. Las simientes saldrán en los periódicos, en material de lectura, hasta que cada Simiente predestinada de Dios lo haya escuchado.” [Hno. Branham en C.O.D., 62-0527, pág. 179]*